

la ciencia en compartimentos estancos, en sectores independientes los unos de los otros, algunos de ellos objeto de una dinámica evolución: es el caso de las matemáticas, la química, la termodinámica, la geología, la economía (pero, ¿se trata verdaderamente de una ciencia?); otros, más rezagados, a veces estancados; es el caso de la medicina y de las ciencias biológicas... Las diversas ciencias carecen de conexión entre sí, se adaptan difícilmente a la terminología matemática; otra laguna menos grave es que su relación con la técnica sólo tiene carácter episódico.

Estas dificultades se resolverán poco a poco. En Francia, la tierra prometida sólo se alcanzará realmente, hacia 1820-1826, en la época en que la Academia de Ciencias es «la más brillante reunión de sabios que jamás haya existido: Ampère, Laplace, Legendre, Biot, Poinsot, Cauchy...» (Luis de Broglie). Esta hora es la misma para toda Europa.

Precisamente, ¿a qué se debió que fuera entonces cuando se franqueara el umbral y se asegurara, por consiguiente, el destino científico de una civilización que entonces, *pero sólo entonces*, se deja arrastrar por su impulso?

Es evidente que sólo es posible una explicación materialista. El auge económico, sin precedentes, del siglo XVIII, había levantado al mundo entero, y toda Europa se había convertido en su corazón imperioso. La vida material y la técnica multiplican sus demandas y sus sujeciones. Poco a poco se va precisando una respuesta, una colaboración. La industrialización, de la que hablaremos en el próximo capítulo, será también el elemento decisivo, el *motor*. Lo que equivale a explicar un evidente carácter específico occidental—la ciencia—por un no menos evidente carácter específico de Occidente—la industrialización—. Estas dos originalidades se hacen eco la una a la otra; en todo caso, se acompañan con una interacción evidente. Es lo que dice Joseph Needham, cuyo testimonio citamos. China poseyó, mucho antes que Occidente, una ciencia, un esbozo de ciencia, bastante fina y adelantada. Pero para dar el paso decisivo no pudo contar con el auge económico que confirió dinamismo a Europa, con la tensión capitalista, que, en la mitad de la carrera o en su término, le permitió franquear el obstáculo, y cuya incitación se hizo sentir de antemano, desde la expansión de las grandes ciudades comerciales de la Edad Media y, sobre todo, a partir del siglo XVI.

Todas las fuerzas de Europa, las materiales y las espirituales, han colaborado en la gestación de la ciencia moderna, producto de una civilización en su máximo esplendor y con una total conciencia de su responsabilidad.

Braudel Fernand

Las Civilizaciones Actuales

Editorial Tecnos pp 319-336 Cap. XVIII

CAPITULO XVIII

LA INDUSTRIALIZACION DE EUROPA

Una de las mayores responsabilidades de Europa es la de haber realizado la Revolución industrial, que ha recorrido y continúa recorriendo todo el universo. Esta formidable expansión técnica es obra suya, una obra reciente a escala de la historia de las civilizaciones, puesto que apenas tiene dos siglos de existencia.

Hasta entonces la brillante Europa sólo aparece, "en el plano material", como un país subdesarrollado, no con relación al mundo que le rodea, sino con relación a aquello en lo que ella misma se iba a convertir.

Entonces, ¿cómo ha sido posible que Europa diera el paso decisivo hacia la industrialización? ¿Cuál ha sido la reacción de su civilización ante las consecuencias de su propia creación?

Estas son las preguntas que debemos plantearnos para empezar.

Su interés es actual:

a) Exigen explicaciones previas sobre el estado de Europa antes de la industrialización. Ahora bien, este antiguo régimen económico es todavía el de muchas regiones del mundo que están intentando superarlo.

b) La Revolución industrial es un fenómeno complejo: en ningún lugar del mundo se ha llevado a cabo de una sola vez. Hay sectores que quedaron rezagados durante mucho tiempo, como la industria de la lana del Yorkshire o la quinillería cerca de Birmingham hasta mediados del siglo XIX, por no dar más ejemplos que los del país pionero de la industrialización que fue Inglaterra. Estos desfases, que todavía hoy son sensibles en América del Sur por ejemplo, son corrientes en todo país en vías de industrializarse.

c) El ejemplo de Europa demuestra que la industrialización plantea desde sus orígenes hasta su realización graves problemas sociales. Todo país que pretenda industrializarse tiene que enfrentarse, al mismo tiempo, con la revisión de sus estructuras sociales, o hará inevitable una larga gestación ideológica y revolucionaria como la que ha conocido Europa.

I. EN LOS ORIGENES DE LA PRIMERA REVOLUCION INDUSTRIAL

Cuatro revoluciones industriales clásicas, la de la máquina de vapor, la de la electricidad, la del motor de explosión, la de la energía nuclear, se han sucedido y añadido las unas a las otras.

A nosotros nos toca ver, y si es posible, con bastante detalle, cómo se puso en marcha el convoy de la revolución industrial, lo que equivale a estudiar el caso privilegiado de Inglaterra, entre 1780 a 1890. ¿Por qué fue Inglaterra la primera en industrializarse? ¿Cuál era en 1780 la situación general de Europa en el plano industrial?

1. El concepto de industria, antes del siglo XVIII, o mejor dicho antes del siglo XIX, puede llamar a engaño. En todo caso, se debe hablar de preindustria y no de industria propiamente dicha.

De hecho, desde el siglo XII, a lo largo del cual se produjo la primera «revolución industrial», es decir, la generalización en el espacio europeo de los molinos de agua y de los molinos de viento, no se había introducido en Europa ninguna otra innovación técnica importante. Todavía en el siglo XVIII la preindustria no cuenta más que con las fuentes y con los medios energéticos de antaño; por lo general, la potencia de un molino de agua es de, aproximadamente, 5 HP.; la de un molino de viento, en las regiones más inventiladas, como Holanda, excede a veces los 10 HP., pero su trabajo es intermitente. A falta de recursos energéticos abundantes y de máquinas poderosas, la vida industrial, a pesar de la multitud de pequeños y con frecuencias muy ingeniosos progresos técnicos, se vio reducida a una semi-inmovilidad. Alrededor de ella se perpetúa una vida económica arcaica, que la esclaviza (ridículos rendimientos agrícolas, medios de transporte imperfectos y costosos, mercados insuficientes; por el contrario, la mano de obra es demasiado abundante).

No existe una industria en el sentido en que entendemos hoy este término. El artesanado local, con un corto radio de acción, es con frecuencia suficiente para las necesidades fundamentales de la población. En ciertos sectores, sin embargo, se distinguen empresas que trabajan para mercados más extensos o que se especializan en la fabricación de productos de lujo. Este es el caso de ciertas manufacturas «reales» de la Francia del siglo XVII. Estas proezas son bastantes frecuentes en el terreno progresivo de las industrias textiles, punto de partida, como veremos, de la revolución industrial inglesa.

En efecto, la industria textil favorece más que cualquier otra las concentraciones en el seno de un artesanado todavía tradicional. En los siglos XVI y XVII, e incluso desde el XVIII, en las ciudades italianas y flamencas, bajo el impulso de los ricos mercaderes *qui faciunt laborare*, se van perfilando en ellas amplias organizaciones, algunos grandes talleres, tiendas, «maestros» trabajando a domicilio (con frecuencia, estos «maestros de gremios» no son más que simples asalariados, ayudados por dos o tres oficiales), y más frecuentemente, fuera de la ciudad y relacionados con la misma producción, los campesinos y las campesinas trabajan ellos también a domicilio.

Un documento del siglo XVI describe a los comerciantes de Segovia enriquecidos con la fabricación de los paños, como «verdaderos padres de familia que, en sus casas y fuera de ellas mantienen a una gran cantidad de personas, cuyo número alcanza incluso los 200 y 300 fabricando así con el trabajo de los demás una gran variedad de paños de los más finos».

En Laval, hacia 1700, la dinámica industria textil ocupa, en la ciudad y en sus alrededores, a unos 5.000 obreros (es decir, con sus familias 20.000 personas), «los más ricos de los cuales no tienen el equivalente de 100 libras de haber». Al frente de ellos están 500 maestros tejedores que compran el hilo a los maestros que trabajan la estopa, «a los que se llama *cánceres* porque comen y chupan la sangre a los maestros tejedores pobres»; por encima de todos ellos están 30 comerciantes al por mayor, verdaderos organizadores de esta industria, que lavan los paños y los envían a los mercados lejanos.

Estos comerciantes-empresarios representan lo que una historia *tipológica* llama *capitalismo comercial o mercante*; suministran la materia prima, fijan y pagan la cuantía de los salarios, almacenan la producción, la venden, la exportan y, generalmente, compran a cambio otros productos ventajosos.

A causa de la lentitud de los viajes, cada uno de los circuitos comerciales tardaba mucho en cerrarse. En el siglo XV la lana lavada en España y exportada desde allí era trabajada en Florencia y vendida, en forma de buenos y bellos paños, en Alejandría, en Egipto, a cambio de una serie de productos de Oriente que eran revendidos en Florencia o en otras partes de Europa; el ciclo de venta de la lana tardaba, pues, tres años, y algunas veces más, en cerrarse. Se trata, por lo tanto, de una operación por lo general beneficiosa, pero de larga duración. Inmovilizaba durante mucho tiempo un importante capital, con todos los riesgos que esto supone. El comerciante-empresario, al ser el único que, gracias a su capital, podía llevar a cabo la operación (además se asociaba, por lo general, con otros comerciantes a fin de dividir los riesgos), dominaba la situación. Tenía la exclusiva de los riesgos y de los beneficios.

2. La manufactura: Este término, durante mucho tiempo inseguro, designa retrospectivamente con bastante precisión la concentración de obreros en un mismo edificio (o en edificios cercanos los unos a los otros), bajo la vigilancia de los contramaestros.

El movimiento se extiende en el siglo XVIII. Entonces se opera en estos talleres o fábricas una cierta división del trabajo. Un artículo de la *Enciclopedia* (1761) atribuye la superioridad de las industrias de la seda de Lyon al hecho de que las manufacturas emplearan un personal numeroso (en total, 30.000 obreros de la seda en la dicha ciudad), de manera que «un determinado obrero no hace y no hará en su vida más que una única y sola cosa, mientras que otro obrero hace otra cosa diferente; por consiguiente, ambos trabajos son ejecutados con propiedad y celeridad».

En todo caso, esta organización es excepcional. En vísperas de los primeros signos de la Revolución industrial lo corriente continúa siendo la dispersión artesanal.

3. La Europa preindustrial no carece, pues, ni de empresarios ni de capitales; no desconoce la importancia del mercado e incluso del mercado internacional; a veces cuenta con una mano de obra semi-concentrada, a la que pueden recurrir los empresarios.

En contrapartida, se resiente, como todos los países subdesarrollados de hoy día, de una economía mal articulada. El sector agrícola en particular impide a cualquier expansión económica el llegar al final de su impulso y alcanzar su plenitud. El mercado es insuficiente y la competencia muy fuerte y dura; la menor crisis termina con todo. Las quiebras «industriales» y comerciales son frecuentes. Un guía comercial de mediados del siglo XVIII subraya los peligros que supone «la moda» de las manufacturas: «En nuestras provincias encontramos restos de manufacturas destruidas, y todos los años se derrumba una de ellas mientras que se siguen construyendo otras que poco después se vendrán abajo.»

De hecho, la preindustria sólo se puede sostener en la medida en que sus salarios son muy bajos. Cuando las condiciones de vida de la clase obrera mejoran en una determinada región en la que la prosperidad ha permitido por fin un alza de salario, las consecuencias no se hacen esperar: la industria se apaga, o por lo menos decae, al no poder resistir la competencia extranjera; es el caso de Venecia en el siglo XVII, de Holanda en el XVIII.

En 1777, el intendente de Picardía constata: los obreros necesitan hoy el doble de dinero para subsistir, y, sin embargo, ganan lo mismo que hace cincuenta años, cuando los víveres costaban la mitad; no tienen, pues, más que la mitad de lo que necesitan.

4. Esta situación sólo puede cambiar (y de hecho cambió) gracias a los adelantos técnicos. No obstante, admitamos desde un principio que estos adelantos no pueden ser los únicos factores decisivos. Así lo prueba el caso privilegiado de Inglaterra.

En Inglaterra las innovaciones técnicas afectan a las dos industrias claves: la textil (ésta sobre todo) y la minera. Pero las repercusiones de estas innovaciones alcanzan con relativa rapidez a los otros sectores de la economía.

a) *Las minas inglesas*, concretamente las minas de estaño de Cornualles, explotadas desde hacía mucho y cada vez con más profundidad, están expuestas a calamidades continuas: las infiltraciones de agua. Es el problema clásico, planteado ya en *De Re metallica* por Georg Agricola en el siglo XVI. El problema está en que las grandes ruedas hidráulicas, utilizadas a este efecto, sirvan a bombas relativamente poderosas, para decirlo así, a cadenas de bombas. Cada una de ellas, haciendo el vacío, utiliza la presión del aire y no puede exceder las fuerzas de ésta (a cada vez levanta, todo lo más, una columna de agua teórica de aproximadamente diez metros de altura).

La búsqueda de bombas potentes suscitó por fin las grandes, pesadas y muy costosas máquinas de vapor de Newcomen a partir de 1712-1718. Cuando estaba reparando una de ellas, el escocés John Watt, «preparador». Como diríamos en la actualidad, en la Universidad de Edimburgo, descubrió su propia máquina de vapor, más simple y más eficaz (concebida en 1776)... Es decir, que la utilización del vapor es anterior a Watt; desde principios del siglo XVIII era utilizado en máquinas que han prestado ser-

vicios mucho más importantes de lo que hasta ahora se creía (como lo han venido a demostrar estudios recientes). Algunas de estas máquinas de vapor funcionaron en Francia hacia 1750, en las minas de carbón de Anzin. Las realizaciones espectaculares (el primer automóvil, el primer barco de vapor de Beugnot y de Jouffroy) se sitúan en 1770.

b) *La industria textil* era y continuará siendo hasta mediados del siglo XIX (hasta la aparición del ferrocarril) la industria motora: al ser, al mismo tiempo, una industria de primera necesidad y una industria de lujo, arrastra a las demás.

Según Max Weber, sus ritmos dominan todo el pasado material de Occidente: éste ha pasado, sucesivamente, por una edad del lino (Carlomagno iba vestido de lino); una edad de la lana; después, una edad de algodón—o mejor dicho, de la fiebre del algodón, en el siglo XVIII—. Ahora bien, es en esta edad del algodón cuando se crean las primeras fábricas en el sentido estricto de la palabra. Al estar relacionada con el comercio de las Indias, de África y de América a consecuencia del tráfico de los esclavos negros, la industria algodonera se instaló en los grandes puertos coloniales o en sus alrededores (Liverpool, Glasgow). Se benefició de su empuje económico, de su acumulación de capitales. No debe, pues, extrañar que estas industrias tan solicitadas sean objeto y causa de los perfeccionamientos técnicos.

Surgen entonces máquinas nuevas, recibiendo todas ellas un nombre: *la naveta volante* de John Kay (1733), el *spinning Jenny* de Hargreaves, la *waterframe* de Harkwright (1769), la *mule-Jenny* de Campton (1799); sin duda alguna, esta evolución culmina, en Francia, con el telar de Jacquard (1801).

De esta manera se esboza una primera explicación: el impulso económico favorece a un determinado y privilegiado sector industrial; un progreso técnico acompaña a esta demanda. Todo se organiza, pues, de manera empírica y espontánea.

5. Solicitado a su vez por el progreso técnico, se produce un progreso científico, igualmente natural. El «homo sapiens» se pone a la altura del «homo faber», y desde entonces avanzarán a un mismo paso.

La ciencia había realizado evidentes progresos en el siglo XVIII. Sin embargo, se trataba en conjunto de una ciencia más bien generalizante, teórica, poco habituada a colaborar con una técnica artesanal que hasta entonces prácticamente no le había planteado problemas.

Pero a finales del siglo XVIII todo cambia. Desde entonces algunos requerimientos industriales se dirigen, por encima de la técnica, a esa ciencia de la habilidad manual y del oficio, a la misma ciencia.

Así, por ejemplo, el admirable John Watt (1736-1819) no es un simple artesano ni un mero autodidacta: es un espíritu científicamente orientado que tiene conocimientos de ingeniero y de químico. John Black (nacido en Burdeos en 1728, de padres escoceses, muerto en Edimburgo en 1799), profesor de la Universidad de Edimburgo y verdadero científico (como químico realizó importantes trabajos sobre los alcaloides), suministró a Watt el principio del *calor latente*, en el que éste se

basó para la invención de su máquina: el vapor no cesa, gracias al "tirador" del cilindro en el que actúa y al que enfría.

La ciencia suministrará cientos de apoyos de este tipo a la *industria naciente*. Por ejemplo, en el hecho importante del *lavado de las telas*. El procedimiento antiguo (los paños eran tendidos sobre la hierba y después regados y metidos en diferentes soluciones, primero alcalinas y luego ligeramente ácidas) exigía gran espacio y mucho tiempo, a veces hasta seis meses. Para una industria en trance de expansión, esto suponía un "estrangulamiento", sobre todo porque el ácido muy débil que se empleaba, el *vitriolo* (la operación recibe el nombre de *souring*), no es de producción industrial. Se utiliza entonces el ácido sulfúrico diluido. Hubo que producirlo al por mayor, lo que hizo que interviniera un verdadero sabio, John White, médico, antiguo alumno de la Universidad de Leyde. El descubrimiento del cloro en 1774, gracias al sueco Carl Scheele; su empleo por el francés Berthelot para el lavado de las telas, la puesta a punto en Inglaterra de un procedimiento práctico, son los eslabones en el camino de la perfección de este procedimiento, gracias, como se ve, a la intervención internacional de la ciencia.

El ejemplo más significativo de esta colaboración entre la ciencia y la técnica es la personalidad misma de *Matthew Boulton* (1728-1809). De origen modesto (un *innovador*), este industrial de espíritu práctico y creador, que financió los trabajos de John Watt, era al mismo tiempo un sabio, apasionado por la química. Se reúnen en torno a él tanto John Watt como un matemático y médico, William Small; un poeta y médico, Erasmus Darwin, el abuelo del gran Darwin, y muchos otros. La Inglaterra industrial se convierte en la Inglaterra científica, teniendo por capitales Birmingham y Manchester. Londres, la reina del capitalismo comercial, permanece durante mucho tiempo al margen de estas novedades, y sólo volverá a ocupar un lugar importante en la vida científica inglesa hacia 1820. Este hecho, por sí solo, es significativo. Es el auge industrial el que ha puesto a la ciencia en condiciones de actuar.

¿Pero es esta explicación suficiente? ¿Cómo explicar entonces que en Francia, en donde la ciencia aplicada (pensemos en científicos de mucha envergadura, como P. J. Macquer (1718-1784) o Luis Berthollet (1748-1822) está, sin duda, más adelantada que en Inglaterra, el progreso de la industria haya sido mucho menos rápido? Se debe, evidentemente, a que la Revolución industrial ha tenido otras causas, unas *económicas* (las más importantes) y otras *sociales*.

6. La mejor y más completa explicación es, probablemente, la explicación general: económica y social.

a) Gracias a su revolución «burguesa» de 1688 Inglaterra ha alcanzado, por anticipado, un *equilibrio político*; dispone de una sociedad abierta al capitalismo (creación del Banco de Inglaterra en 1694), su economía se ha beneficiado de una serie de inversiones de interés general (carreteras, canales; en el siglo XVIII fue presa de la «fiebre de los canales»).

b) El arranque de la Revolución industrial inglesa se debe a un *auge económico general*, el del siglo XVIII, que afectó al mundo entero.

c) La Revolución industrial hubiera sido imposible sin la *fuerte expansión demográfica del siglo XVIII* (del orden del 64 por 100). Esta expansión demográfica es también de orden mundial; se presenta tanto en China como en Europa, pero según los países ha tenido más o menos intensidad, siendo más débil en Francia (del orden del 35 por 100) que en In-

glaterra. Esta última dispuso, por consiguiente, en el siglo XIX, de una mano de obra superabundante a bajo precio.

d) *El papel inmenso desempeñado por las transformaciones de la agricultura inglesa* (cercados, métodos científicos), que permitieron terminar con la tradicional insuficiencia de la producción alimenticia.

e) La Revolución inglesa se hizo en dos etapas: *primero la del algodón, entre 1780 y 1830; después, la metalúrgica*. El segundo tiempo, el de la industria pesada, fue determinado por la construcción de los ferrocarriles. Esta segunda revolución fue posible gracias al dinero ahorrado en la primera, la textil, y será de una potencia inédita. Pero es la primera etapa la que le ha dado vida y abierto el camino. *Es al algodón al que hay que volver si se quiere juzgar desde el primer auge*.

La moda de la tela de algodón afecta por aquel entonces a toda Europa, comprendida Inglaterra. Esta se ha visto obligada, durante mucho tiempo, a importar para ella y para sus mercados europeos y extraeuropeos las cotonadas de sus factorías de Indias, las *indianas*. Estimulada por los perfeccionamientos técnicos, la industria algodonera entra en una fase de continuo crecimiento, en primer lugar, a causa de la enorme demanda de las costas de Africa (allí se llama a los esclavos «piezas», «uma peça d'India», según la vieja expresión portuguesa; es decir, la pieza de cotonada a cambio de la cual se obtiene un esclavo); en segundo lugar, a causa de las demandas del mercado brasileño, abierto y monopolizado por los ingleses (1808), que repitieron luego la operación, dos años más tarde, en toda la América española. Posteriormente, la industria textil inglesa llegará incluso a hacer la competencia en su propio terreno a los paños indios, a los que acaba por destruir totalmente. Invadirá también el Mediterráneo. Entre 1820 y 1860 la venta de los tejidos británicos en el mundo es objeto de un aumento continuo. ¡El consumo del algodón en bruto para las fábricas inglesas pasa de 2 millones de libras en 1760 a 366 millones en 1850!

Este éxito inmenso tiene consecuencias múltiples. Al amparo del prodigioso auge del algodón, Inglaterra inunda el mercado mundial con las mercancías más dispares. Excluye a los demás de este mercado mundial. Un gobierno agresivo, belicoso cuando es necesario, reserva a la industria inglesa este extenso dominio, en el que la expansión parece no tener límites.

f) *Fue imposible disputarle este mercado mundial a Inglaterra* en la medida en que esta subida de la producción estuvo acompañada, como será preceptivo más tarde, de una disminución *fabulosa* de los precios de coste (entre 1800 y 1850 el precio de las cotonadas cae de 550 a 100, mientras que el trigo, por ejemplo, y la mayoría de los demás artículos apenas disminuyen de un tercio).

Los salarios permanecen prácticamente estables, pero la incidencia que tenían antaño sobre los precios de coste es muy débil, ya que la técnica redujo considerablemente la parte del trabajo del hombre. ¿Deben extrañarnos las felices consecuencias de esta producción de masas—la primera—en la vida popular? Sobre el caso concreto de Francia, hemos incluido, al final de estos capítulos dedicados a Europa, lo que dice Michelet respecto de la crisis de la industria del algodón en 1842.

g) *La expansión de la industria metalúrgica es de fecha mucho más tardía.* En este terreno la producción había dependido, hasta el siglo XIX, exclusivamente de la guerra. «En el siglo XVIII las fundiciones de hierro se identificaban con las fundiciones de cañones», escribía un inglés en 1831; pero los ingleses sólo tenían cañones en los barcos, porque la guerra en tierra firme no era asunto suyo. En el siglo XVIII Inglaterra produce menos hierro que Francia o que Rusia, y con frecuencia lo importa de Suecia o de Rusia. El descubrimiento técnico decisivo de la fundición del cok, adquisición del siglo XVII, todavía no era verdaderamente utilizado. La fundición con carbón de madera seguirá empleándose todavía durante mucho tiempo.

La instalación de los ferrocarriles (1830-1840), grandes consumidores de hierro, de fundición, de acero, da un nuevo cariz al asunto. Inglaterra se dedica a construir vías férreas, tanto en su propio país como en sus territorios de ultramar. Además, la revolución de los barcos de casco metálico, movidos a vapor, transformará a la construcción naval inglesa en una formidable industria pesada. Entonces el algodón deja de ser el sector clave de la vida económica de Gran Bretaña.

II. LA DIFUSION DEL FENOMENO INDUSTRIAL EN EUROPA Y FUERA DE ELLA

En los demás países europeos y no europeos el fenómeno industrial no se presenta ni en la misma época ni totalmente en el mismo contexto. Pero a grandes rasgos, en cada caso concreto la historia parece repetirse, aunque no afecte ni a las mismas sociedades, ni a las mismas economías, ni a las mismas civilizaciones. Pero cada caso concreto de revolución industrial, reducida a su realidad económica, sigue poco más o menos un mismo «modelo», como dicen los economistas, uniforme y bastante simple.

1. Este mismo patrón tiene tres etapas: Esta es la tesis (formulada en 1952) de un economista americano, Walt W. Rostow. Aunque se presta a la discusión, no cabe duda de que simplifica el debate.

a) El «take off».

En el punto de partida, momento esencial, se sitúa el *take off*, que se puede traducir literalmente por el «despegue». Lo mismo que un avión corre sobre la pista y después la deja para emprender el vuelo, una economía en auge se separa bastante bruscamente de este antiguo régimen industrial que la mantenía pegada al suelo. Este «despegue» tiene lugar, por lo general, en un único sector o, todo lo más, en dos: en Gran Bretaña y en Nueva Inglaterra (caso particular del auge «americano»), en el sector del algodón; en el sector de los ferrocarriles en los casos de Francia, de Alemania, de Canadá, de Rusia, de los Estados Unidos; en Suecia, en los sectores de la madera de construcción y de las minas de hierro... Este sector *se dispara* siempre como una flecha y se moderniza rápidamente, siendo precisamente su crecimiento y la modernidad de su técnica las dos

características que le diferencian de los auges industriales anteriores, que nunca han conocido una fuerza explosiva semejante ni un movimiento de largo alcance. Este alza industrial determinada se pone de manifiesto en un aumento de la producción, en un mejoramiento de la técnica, en una organización del mercado, y más tarde fomenta, a su vez, el crecimiento de los otros sectores de la economía.

Después de este primer movimiento la industria-clave, el motor inicial, se estabiliza: ha alcanzado, en efecto, la cumbre. Ha permitido acumular unas reservas destinadas a ser invertidas en otros sectores de la economía que, a su vez, emprenden el vuelo, se modernizan y alcanzan su perfección.

b) *Al extenderse este proceso de sector en sector, la economía, en su conjunto, alcanza la madurez industrial.*

En Europa occidental, después del *take off* de los ferrocarriles (es decir, del hierro, del carbón, de la industria pesada), toman el relevo el acero, las construcciones navales modernas, la química, la electricidad, la maquinaria. Rusia pasó, aunque más tarde, por esta misma evolución. En Suecia, la pasta de papel, la madera y el hierro desempeñaron los papeles fundamentales. A grandes rasgos, fue en los primeros años del siglo XX cuando el conjunto del mundo occidental llegó al umbral de esta madurez. Inglaterra, que lo había franqueado desde 1850, se encontró entonces en un plano de igualdad relativa con los demás países.

Entonces, para estas economías que tienen en su haber un desarrollo, que están relativamente equilibradas, que han asegurado sus rentas, que han conseguido una cierta abundancia, la expansión industrial no se plantea ya como la finalidad primordial. El problema está en saber en qué dirección orientarán en lo sucesivo su poder y sus posibles inversiones. Confinadas a esta elección, ya que desde entonces es posible elegir, no todas las sociedades industriales van a responder de la misma manera. Su respuesta determina el sentido de su historia presente y de su futuro. Ahora bien, y como era de prever, estas sociedades industriales, consciente o inconscientemente, sacaron los motivos de su elección de su misma civilización.

c) *El momento de la elección. Se trata, de hecho, de escoger un estilo de vida válido para toda una sociedad.*

Se puede dirigir el esfuerzo hacia una cuidadosa legislación social, persiguiendo la seguridad y el bienestar de todos, o considerar que este bienestar sólo puede lograrse mediante la extensión de la capacidad de consumo de las masas (la gran mayoría de la nación debe entonces tener acceso a los bienes y los productos de lujo), o, por último, se puede utilizar el poder agrandado de la sociedad o de la nación en el terreno, con frecuencia inútil, pero siempre peligroso, de la política mundial y de poder.

Hacia 1900, los Estados Unidos alcanzan la madurez: acababan de hacer un alarde breve, pero significativo, de poder (guerra de Cuba y de Filipinas contra España en 1898), alarde consciente si se piensa que Teodoro Roosevelt escribía entonces que los Estados Unidos «tenían necesidad de una guerra» o que había que darles «algo en qué pensar que no fuera la ganancia material». Años más tarde se llevan a cabo algunas tímidas y efímeras tentativas de política social progresiva. Pero, con la iniciación de la Primera Guerra Mundial, los Estados Unidos se lanzan totalmente por el camino de la solución del consumo de masas, y se pro-

duce entonces el *boom* de los automóviles, de la construcción, los *gadgets* para el confort de las casas.

En Europa occidental, el momento de la elección se vio retrasado por las dos guerras mundiales y las reconstrucciones que impusieron. *Grosso modo*, el consumo de masas aparece en 1950, pero con las restricciones y las enmiendas impuestas por las políticas de los diferentes gobiernos y la presión de una poderosa tradición socialista; en Francia, por ejemplo, se promulgan una serie de leyes sociales que van desde la enseñanza gratuita a la organización médica de la seguridad social. Y también, con el retraso de sectores enteros, fruto de circunstancias o de la resistencia a abandonar las costumbres tradicionales. Por ejemplo, la revolución agrícola en la americana tropezó en el continente europeo con múltiples obstáculos. A este respecto son conocidas las repetidas dificultades que ha atravesado la Unión Soviética; la situación también es compleja en Italia y en Francia, que todavía se encuentran a medio camino en la modernización agrícola.

Por último, no todas las regiones se han incorporado por igual al movimiento. De la misma manera que el Sur de los Estados Unidos, desde antes de 1900, se había quedado retrasado con relación al Norte, toda una parte de Europa queda rezagada: el Suroeste y el Oeste franceses, el Mezzogiorno italiano, toda la Península Ibérica, salvo los centros industriales de Barcelona y de Bilbao; el conjunto de las Repúblicas socialistas (salvo la Unión Soviética, Checoslovaquia y la República democrática alemana), el resto de la península de los Balcanes, Turquía...

En resumen, siguen existiendo esas dos Europas, la del caballo de vapor y la del caballo de tiro, como dijo un periodista en 1929.

Evoquemos un ejemplo escogido entre otros mil: el de una carretera cercana a Cracovia, en la que los estrechos carros de cuatro ruedas con sus cargamentos de madera, los rebaños de ocas con las mujeres que los cuidan (estampa que podría ser del siglo XV), son más numerosos que los automóviles. Pero de repente se levantan las formidables instalaciones de Nova Huta, la ciudad metalúrgica creada desde sus mismos cimientos por la Polonia socialista. Este contraste forma parte integrante todavía hoy de la vida europea.

2. Crédito, capitalismo financiero y capitalismo de Estado: Al mismo tiempo que la Revolución industrial se produjo una revolución del crédito, que se benefició del impulso de aquella.

El capitalismo, un cierto tipo de capitalismo, existe desde siempre; por decirlo así, desde la antigua Babilonia, que ya tenía banqueros, comerciantes dedicados a negocios con países muy alejados, y todos los instrumentos del crédito: la letra de cambio, el cheque... En este sentido cabe decir que la historia del capitalismo va «de Hammurabi a Rockefeller».

Pero el crédito en Europa es todavía muy modesto en los siglos XVI y XVII. En el siglo XVIII se desarrolló ampliamente con la aparición, aunque sólo fuera en lo referente al comercio con las Indias (y de sus compañías) y al comercio «de China» (cuya consecuencia fue, entre otras, el desarrollo de Cantón), de un capitalismo internacional, muy extendido en las diferentes ciudades comerciales de Europa. Sin embargo, todavía en esta época los verdaderos financieros no se ocupan en absoluto ni del comercio ni de la industria: manejan el dinero público y actúan al servicio del Estado.

Con el éxito de la industrialización, la banca y la vida financiera son objeto de un mismo e inmenso auge. Hasta tal punto, que al mismo tiempo que el capitalismo industrial aparece un *capitalismo financiero* llamado a controlar, más tarde o más temprano, todas las palancas de la vida económica.

En Francia y en Inglaterra esta primacía se va apuntando hacia el decenio 1860. Los bancos antiguos o de reciente creación multiplican entonces sus redes y se es-

pecializan (bancos de depósitos, de crédito y de negocios). Para comprender esta modernización bancaria sería conveniente estudiar en Francia la evolución histórica del *Crédit Lyonnais*, fundado en 1863; en los Estados Unidos, la del Banco *Pierpont Morgan*, al que volveremos a referirnos más adelante, o la red internacional de los Bancos *Rotschild*. Por todas partes la banca consigue formar una extensa clientela, hacerse con «todo el público que ahorra», perseguir y alcanzar «todos los depósitos «inactivos», «estériles», por muy pequeños que éstos sean. Y así se inicia la fiebre de las «acciones». Las industrias, los ferrocarriles, las compañías de navegación se van dejando poco a poco coger por esta múltiple red bancaria. El juego del capitalismo financiero pronto alcanza un radio de acción internacional. Los bancos franceses se dejarán tentar cada vez más por las facilidades que ofrecen los préstamos extranjeros. De esta manera, el ahorro en Francia estuvo a punto de ser dedicado a los empréstitos rusos, lo que a la larga hubiera podido resultar peligroso... Pero, de todas formas, estos empréstitos al extranjero constituyeron una importante fuente de beneficios para la economía francesa, al equilibrar una *balanza de pagos* favorable con una *balanza comercial* deficitaria. También permitieron industrializar a una gran parte de Europa, después de 1850, y el mundo de ultramar.

Actualmente parece que ha pasado la hora del capitalismo financiero en Europa, a pesar de algunas excepciones que confirman la regla y a pesar de las discusiones teóricas, siempre posibles a este respecto. Claro está que un banco de negocios como la *Banca de París y de los Países Bajos* representa una potencia actual de primera magnitud y que Londres, París, Frankfurt, Amsterdam, Bruselas, Zurich, Milán continúan siendo importantísimos capitales del dinero. Pero se va precisando la hora de un *capitalismo de Estado*.

Con los sectores «nacionalizados» de una economía cada vez más «dirigida», el Estado se ha vuelto industrial y, en el mismo grado, banquero. Una fiscalización prolifera y también los cheques postales, las cajas de ahorro, los bonos del tesoro, ponen a la disposición del Estado enormes cantidades de dinero. El Estado es el amo de las *inversiones en bienes de producción*. Ahora bien, de éstos depende toda política de crecimiento, toda política social eficaz, lo que equivale a decir que de ellos depende el futuro.

Cada año, para asegurar una progresión incluso tan aparentemente medida como la francesa, hay que dedicar a la inversión una parte importante de la renta nacional. La inversión, al dar vida a un serie de transacciones económicas, multiplica su masa inicial. Es comprensible el que cada vez más se imponga a los Estados una *economía planificada*, gracias a la cual pueden definir de antemano un desarrollo y prever las consecuencias de una acción concertada. Los planes quinquenales de la Rusia soviética han sido imitados por todo el mundo. ¡El mismo Presidente Kennedy anunciaba, en enero de 1962, un plan de cinco años para la política comercial americana! El plan francés de cuatro años (1961) ha provocado recientemente animadas polémicas. A su manera, es un examen de conciencia nacional, al mismo tiempo que un balance económico. Su finalidad favorece el «despegue» de las regiones francesas insuficientemente desarrolladas, por lo que califica de «política de arrastre».

Fue el conde de Saint-Simon el que fabricó el sustantivo y el adjetivo *industrial* (a partir de la antigua palabra: industria) y probablemente la fórmula: *sociedad industrial*, más tarde utilizada por Auguste Comte, Herbert Spencer y muchos otros. Para A. Comte equivale a la sociedad que ha reemplazado a la *sociedad militar* que hasta entonces dominaba el escenario humano. Si ésta era belicosa, aquélla será forzosamente pacífica, lo que Herbert Spencer, por su parte, no se atreve a asegurar, y hace bien en no atreverse. El término de *proletariado* entró en 1828 en el Diccionario de la Academia Francesa. *Masa*, en singular, pero sobre todo en plural se convierte en la palabra clave, "el síntoma terminológico de esta evolución, cuya plenitud estallará bajo el reino de Luis Felipe". "Tengo el instinto de las masas, he aquí mi única superioridad política", declara Lamartine en 1828. Y Luis Napoleón Bonaparte, en su *Extinción del Pauperismo* (1844), dice: "Hoy día el reino de las castas ha terminado; sólo se puede gobernar con las masas."

Estas masas son, ante todo, las masas urbanas obreras, pobres y explotadas. De ahí la idea de que el tiempo presente está dominado por la oposición de las clases, lo que Marx llama "la lucha de clases". La lucha de clases es un fenómeno antiguo que se da en todas las sociedades materialmente evolucionadas del pasado. Pero no se puede negar que en el siglo XIX se amplía e intensifica y que se produce entonces una violenta toma de conciencia.

Socialista y *socialismo* son términos que aparecen en los años 1830. *Comunismo* también, con un sentido difuso de igualdad económica y social. Auguste Blanqui, "general de las masas revolucionarias", escribe que "el comunismo es la salvaguardia del individuo". Louis Blanc utiliza ya el término *capitalismo* en su *Organización del trabajo*, 1848-1850; Proudhon lo utiliza en 1857; el *Larousse* lo incluye en su edición de 1867; pero cuando está más de moda es a principios del siglo XX. El término de *capitalista* tiene más vida. En 1843 Lamartine exclamaba: "¿Quién reconocería a la revolución en nuestras manos?... ¡En lugar del trabajo y de la libre industria, Francia ha sido vendida a los capitalistas!" Aparecen otros términos que tendrán mucho menos éxito, como son *burguesismo* y *colectismo*.

Sin embargo, los recuerdos del 89 conservan toda su fuerza. Los Jacobinos, el Terror, el Comité de Salvación Pública son otros tantos términos y recuerdos que obsesionan a los espíritus que, según los casos, los utilizan como ejemplos o como espantapájaros. Para la mayoría de los reformadores, la «Revolución» continúa siendo la palabra mágica, la fuerza creadora. En 1871, durante la Comuna de París, Raoul Rigault declara:

«No intentamos actuar dentro de la legalidad; lo que queremos es hacer la Revolución.»

2. Desde el conde de Saint-Simon a Marx, la instalación de las «filosofías de masas», como dice Maxime Leroy (entiéndase ideologías inspiradas en los problemas de masas), se termina, en lo fundamental, en 1848.

En febrero de este mismo año aparece el *Manifiesto comunista*, de Marx y de Engels, que continúa siendo, en la actualidad, la biblia del porvenir comunista.

Estudiando detalladamente la larga lista de los Reformadores de la primera parte del siglo XIX, podríamos hacer un cuadro que permitiera situarles en el tiempo y en el espacio. Demostraría con claridad la función primordial de las tres grandes regiones que se estaban enfrentando con la industrialización: Inglaterra, Francia y Alemania...

Demostraría también la primacía de la elaboración francesa (que por sí misma constituye un problema, al que nos referiremos en seguida). Por último, subrayaría la prioridad del conde de Saint-Simon. Este hombre de curiosa personalidad, un poco loco, pero genial, se encuentra en el origen de todas las ideologías sociales, tanto socialistas como no socialistas, y con mayor motivo de la sociología francesa (Georges Gurvitch). Es evidente que influyó en el otro gran gigante que, por lo demás, le sobrepasó en toda la línea: Carlos Marx. Siendo éste muy joven leyó en Trèves las obras de Saint-Simon y sacó de esta lectura parte de sus ideas y de sus argumentaciones.

Si se exceptúa a su antepasado Saint-Simon, los reformadores sociales se pueden clasificar en tres edades: los que nacieron durante los tres últimos decenios del siglo XVIII (Owen, 1771; Fourier, 1772; Cabet, 1788; Comte, 1798), los que nacieron en los diez primeros años del siglo XIX (Proudhon, Considérant, Louis Blanc); la generación más homogénea de Marx (1818), Engels (1820) y Lasalle (1825). El grupo alemán cierra la marcha. Se ha dicho que la muerte en duelo de Lasalle, en 1864, hizo desaparecer al único que tenía talla suficiente para competir con Marx y que había asegurado el éxito de éste. Pero más valdría atribuir este éxito de Marx a la fuerza e importancia del *Capital* (1867).

No podemos detenernos en el examen por separado de cada una de estas «filosofías de masas». Todas ellas se presentan bajo la forma de análisis de la «sociedad en su continuo devenir»; esta feliz expresión es de Saint-Simon. Estas filosofías son también medicamentos, terapéuticas. Saint-Simon y sus discípulos (Enfantin, Chevalier, que medrarán en el campo de los negocios durante el Segundo Imperio), consideran que el esfuerzo se debe realizar en la organización de la producción. Creen que la Revolución francesa, por la que no sienten ningún cariño, sucumbió y fracasó por no haber sabido organizar su economía. Fourier, que también detesta a la Revolución, piensa que lo importante es organizar el consumo.

Barbès y Blanqui, Louis Blanc y Proudhon se mantienen fieles a los principios del 89: los dos primeros, porque son hombres de acción; los otros dos, porque quieren «completar y perfeccionar» los principios de la Revolución. En lo que respecta a V. Considérant, rechaza estos principios, aunque menos violentamente que su maestro Fourier.

Prescindiendo de Marx, del que hablaremos más adelante, el más original de estos pensadores es Proudhon, enamorado de la libertad hasta la anarquía, tanto frente al Estado como frente al cristianismo, y que busca una *dialéctica* social que capte científicamente a la sociedad viva, trabando ante nuestros ojos sus contraindicaciones. Son estas mismas contradicciones las que hay que resolver para captar los mecanismos sociales que implican. Se trata de una *especulación* científica, alejada de las pasiones de orden religioso y también de la acción. Se opone al espíritu de los fundadores de falansterios (Owen, Cabet, Fourier), al espíritu de los revolucionarios y de Marx, que son los artífices decididos de un mundo mejor al que anuncian, en la espera de fabricarlo con sus propias manos.

3. La primacía del pensamiento francés en este terreno, evidente en la primera mitad del siglo XIX, constituye un problema.

Sin duda, Francia es el país de la Revolución, de la gran Revolución. Sin duda permaneció fiel a las citas revolucionarias de los años 1830 y 1848, y en 1871, sola y vencida por el extranjero, alimentó esa alta llama revolucionaria que fue la Comuna de París.

Pero una vez concedida toda su importancia a estas originalidades, la Francia socializante fue, sin que quepa lugar a dudas, una consecuencia de su propia industrialización. Al igual que en los demás países, el pensamiento reformista o revolucionario francés es obra de intelectuales, privilegiados sociales en su inmensa mayoría. Y al igual que en los demás países, estas ideas sólo adquirieron fuerza y vida al ser incorporadas por los medios obreros y por su acción revolucionaria. Pero las reacciones intelectuales han sido más precoces y violentas que en otros países, mientras que, por el contrario, la industrialización fue más tardía que en Inglaterra (el *take off* francés se sitúa hacia 1830-1860).

Todo esto es muy cierto, pero también lo es que la teoría del *take off* simplifica demasiado los verdaderos procesos. Indica la hora H en la que el empuje industrial despegue repentinamente. Ahora bien, ¿existe realmente una hora H tan claramente delimitada? El afirmarlo así equivale a desconocer todo el período de incubación previa. En Francia se han hecho recientes estudios que fijan, para el período de 1815 a 1851, un índice anual de crecimiento bastante elevado (2,5 por 100). Este crecimiento habría sido suficiente para provocar una expansión urbana sensible desde el XVIII, para alterar la vieja sociedad y para dar a este país, ya sacudido por la Revolución y por las guerras, ese aspecto de taller de demolición que tanto llamó la atención de los contemporáneos.

El crecimiento de las ciudades arrastraba por sí solo un violento empeoramiento de su paisaje humano y material. Todos los observadores se preocupan por ello, desde Balzac hasta Víctor Hugo. Miseria, mendicidad, bandidaje, delincuencia, infancia abandonada, epidemias, criminalidad, todas estas taras sociales se agravaron a causa del amontonamiento de trabajadores dentro de la increíble promiscuidad de las ciudades. En 1847 Michelet señala todavía que el campesino "lo admira todo en la ciudad, lo desea todo, se quedará en ella si puede... Cuando se abandona el campo, ya no se vuelve a él". Sin embargo, en Orleans, en 1830, año de tumultos, tuvieron que ser socorridos 12.500 parados de una población total de 40.000 personas, es decir, 1 de cada 3. En Lille, este mismo año, la proporción es de 1 por cada 2,21.

Es, pues, natural que la *sociedad urbana* se viera entonces particularmente conmovida por una industria que la afecta, que la atrae, pero que no es capaz ni de mejorar sus condiciones de vida ni incluso de mantenerla. Claro está que puede darse el caso de que la miseria de la ciudad no tuviera nada que envidiar a la miseria rural. Pero en las ciudades, a la vista de todos, se expone el espectáculo alarmante de una población de trabajadores víctimas de la industria que, cuando les suministra trabajo, se preocupa muy poco de sus condiciones de vida.

Así, pues, los primeros "ideólogos" son los espectadores de una sociedad parecida a la de los países subdesarrollados de la actualidad, desde el momento en que los primeros ensayos de industrialización se implantaron y tuvieron éxito en las ciudades.

Por el contrario, a partir de 1851, y después gracias a la expansión económica y al auge del Segundo Imperio (1852-1870), la situación obrera mejoró considerablemente.

4. De la organización obrera a la Seguridad Social.

No podemos aspirar aquí a hacer un estudio en profundidad de esta cuestión tan compleja como enorme.

Además, ¿acaso es posible este estudio? Tendría que hacerse desde el punto de vista del contacto entre las ideas socialistas (familia de ideas en movimiento, que se contradicen pero también se completan las unas a las otras) y la actividad, las reivindicaciones obreras a las que habría que volver a situar en el marco real del trabajo y de la vida cotidiana. ¿Cómo fueron incorporadas las ideas socialistas por este poderoso y tumultuoso cuerpo que constituye la masa obrera?

Es difícil contestar a esta pregunta, tanto más cuanto que, con frecuencia, como demuestra el ejemplo inglés, el mundo obrero se organizó por sí mismo, de manera quizá realista y prudente, al margen de las ideologías y de la política activa y violenta.

Además, si la primera etapa fue la de los teóricos sociales; la segunda, la de las agrupaciones sindicales; la tercera, la de los partidos políticos obreros, la última fue, seguramente, la de los Estados, ya se opongan a las reivindicaciones obreras (o hagan concesiones de mala gana, en nombre de la prudencia política, lo que viene a ser aproximadamente lo mismo) ya sigan e incluso precedan a las reivindicaciones, desarticulándolas de antemano.

En este estudio por lo menos hay que referirse a cuatro grupos: teóricos de amplios horizontes, sindicalistas decididos, políticos surgidos del mundo obrero, representantes del Estado, todos muy diferentes los unos de los otros.

Una evolución se perfila, no obstante, a través de Europa, prácticamente con las mismas fases, por lo menos en los tres países fundamentales, Inglaterra, Alemania y Francia, y en los países cercanos, Países Bajos, Bélgica, Países Escandinavos y Suiza. Fuera de estos Estados privilegiados, los retrasos, sensibles todavía, no han sido recuperados en la actualidad.

Es la evolución de los países progresistas la que nos interesa ahora. Señalemos algunas etapas:

a) Antes de 1871.

1. En Inglaterra se constituyeron un buen número de sindicatos, *Trade Unions*, a partir de 1858-1867, y desde su fundación se dedicaron a la lucha por la abolición de la ley "Amo y Criado". El primer Congreso de las Trade Unions se realizó en 1866. Estos sindicatos sólo agrupan a los *obreros calificados*.

2. En Francia todavía no se ha conseguido nada positivo, salvo, en 1864, la ley sobre las coaliciones que autoriza las huelgas no abusivas; en 1865, la apertura en París de una oficina de la sección francesa de la Internacional (la Primera Internacional, creada en Londres en 1864), de otra oficina en Lyon en 1868. El Segundo Imperio fue al mismo tiempo "progresivo y comprensivo", mejoró la condición obrera, pero limitó las libertades de ese mismo mundo obrero.

3. En Alemania, la situación es similar y tarda en perfilarse. Lasalle fundó, en 1862, en Londres, el *Allgemeiner Deutscher Arbeiter-Verein*. Siete años más

tarde, en el congreso de Eisenbach, se funda el Partido Obrero Social Demócrata, de inspiración marxista.

b) Antes de 1914.

Los progresos realizados hasta esta fecha son inmensos.

1. En Inglaterra, la creación por Hyndmann, en 1881, de la *Federación Democrática* señala los principios de la propaganda "socialista" en los medios obreros, refractarios hasta entonces a la política. Al mismo tiempo que empieza a politizarse, el movimiento sindicalista engloba, a partir de 1884, a los obreros más pobres, a los no calificados. Sin embargo, tarda diez años en producirse la gran huelga histórica de los dockers de Londres. En 1893 se constituye el *Independent Labour Party*; cinco años más tarde, la Federación general de los Sindicatos, *Trade's Union*. Los éxitos electorales del Labour Party tienen como consecuencia la formación casi revolucionaria del gobierno "radical" de 1907. Se votan entonces una serie de leyes sociales que anuncian el advenimiento de una nueva Inglaterra.

2. En Francia, el proceso es el mismo: en 1877, Jules Guesde funda el primer periódico socialista, *Egalité*, y dos años más tarde el Partido Obrero Francés (P.O.F.). La ley de 1884 reconoce a los Sindicatos; a partir de 1887 se crean las primeras Bolsas de Trabajo. En 1890 se celebra, por primera vez, la Fiesta del Trabajo, el 1 de mayo; en 1893, Jean Jaurès es elegido por primera vez diputado por Carmaux. En 1895, se crea la C.G.T. En 1901, se fundan los dos partidos socialistas, el de Jules Guesde (Partido Socialista de Francia) y el de Jaurès (Partido Socialista Francés); en 1904, se funda *L'Humanité*; en 1906 se funden los dos partidos y se forma el *Partido Socialista Unificado*.

3. En Alemania, los socialistas son perseguidos por Bismarck (leyes de excepción de 1878). A partir de 1883, un socialismo de Estado multiplica las medidas sociales. Al retirarse de la política Bismarck, se vuelven a constituir los Sindicatos, que pronto cuentan con cerca de un millón de afiliados. Su éxito político es grande (3 millones de votos en las elecciones de 1907; 4.245.000 en las de 1912).

En estas condiciones, sin exagerar el poder de la Segunda Internacional a partir de 1901, se puede afirmar que Occidente se encontraba en 1914 *tan al borde de la guerra como del socialismo*. Este estuvo a punto de hacerse con el poder y de fabricar una Europa tan moderna o más de lo que es en la actualidad. En unos pocos días y en unas pocas horas, la guerra terminó con las esperanzas de los socialistas.

Fue un error gravísimo del socialismo europeo de aquella época el no haber conseguido bloquear el conflicto. Es lo que lamentan los historiadores que más simpatías tienen por el socialismo y que querrían saber a quién incumbe la responsabilidad de esta «inversión» en la política obrera. El 27 de julio de 1914 se reunieron en Bruselas, Jouhaux y Dumoulin, por un lado, secretarios de la C. G. T. francesa, y K. Legien, por otro lado, secretario de la Central Sindical de Alemania. Nunca sabremos con seguridad si se trató de un encuentro casual de café, o sin otra finalidad que compartir su mutua desesperación. Tampoco sabremos el sentido que hay que conceder a las últimas gestiones de Jean Jaurès, el mismo día en que murió asesinado (31 de julio de 1914).

La Europa actual, en lo que tiene de socialista, se ha construido lenta e incompletamente por el juego de los votos políticos, de las leyes, por el establecimiento en Francia (1945-1946), y un poco más tarde en Inglaterra, de la Seguridad Social.

El Mercado Común, al plantear el principio de la igualdad de los Estados ante las cargas sociales, ha decidido la extensión, en un plazo más o menos corto, de esta Seguridad Social a la Europa de los Seis.

CAPITULO XIX

LAS UNIDADES DE EUROPA

Un historiador del humanismo, Franco Simone, ha insistido recientemente en que hay que ser precavidos respecto de la pretendida unidad europea: según él, en efecto, ésta no es más que una ilusión del Romanticismo. Nosotros consideramos esta hipótesis, a la vez, acertada y errónea; es decir, en pocas palabras: Europa es, al mismo tiempo, unidad y diversidad; esta aparente paradoja es evidente tras un mínimo de reflexión.

En los capítulos que preceden hemos descrito una Europa unitaria, comprometida en un mismo destino de conjunto por la religión, el pensamiento racionalista, la evolución de la ciencia y de la técnica, la búsqueda de la revolución y de la justicia social, y las realizaciones imperiales. Pero, en todo momento, es fácil sobrepasar esta "armonía" de conjunto y topa con las diversidades nacionales subyacentes. Estas abundan y son poderosas y necesarias. Pero existen también diferencias entre Bretaña y Alsacia, el Mediodía y el Norte de Francia; entre el Mezzogiorno y el Piamonte; entre Baviera y Prusia; entre Escocia e Inglaterra; entre los Flamencos y los Valones; entre Cataluña, Castilla y Andalucía. Y, sin embargo, no dan pie a ninguna argumentación que permita negar las unidades nacionales.

No obstante, estas últimas tampoco son la negación de la realidad de Europa. Cada Estado ha tendido siempre a formar un mundo cultural en sí, y la "psicología de los pueblos" ha sido aficionada a analizar estas diversas civilizaciones limitadas. Claro está que los libros demasiado brillantes de un Elie Faure o de un conde de Keyserling sólo ofrecen, a este respecto, visiones erróneas. Digamos simplemente que han considerado desde demasiado cerca las piezas de un mosaico que, visto desde arriba, revela los claros dibujos de conjunto. ¿Por qué habría que elegir, de una vez para siempre, entre el conjunto y el detalle? Las dos verdades no se excluyen.